

vuestro timbre, sea tambien para que las almas, aumentando los méritos, vayan acaudalando mayor gloria.

PLATICA XVII.

DE LA SEGUNDA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA ESPERANZA,
Y DE LOS BIENES QUE DEBEMOS ESPERAR.

—
A 10 de Agosto de 1696.
—

Si á mí me preguntaran, ¿cuál es aquello de que está el mundo lleno? Responderia yo que de esperanzas. Y si volvieran á preguntarme, ¿de qué está el mundo mas vacío? Volveria á responder que de esperanzas.—De modo que siendo las esperanzas las que tienen todo el mundo lleno, esas mismas son las que tienen vacío todo el mundo. ¿Cómo será esto?—Ea, que si lo están viendo, ¿para qué me lo preguntan? Nadie vive sin esperanzas, y nadie hay que de sus esperanzas no se queje. Empezan las esperanzas en el mas niño, y en el mas viejo aún no se acaban las esperanzas: el niño, todo, todo lo espera con la vida; y el viejo, cuando no le queda ya mas que esperar, aún espera vivir: el pobre espera que se mejore su fortuna, y el rico que se aumente su hacienda. Espera el estudioso la honra; el soldado el premio; el mercader la ganancia; el labrador la cosecha; el oficial la obra; el pretendiente el puesto. Todos en fin, todos esperan: el

que goza, espera los aumentos de su dicha; y el que padece, espera que se mejore su desgracia. El que nada tiene, empieza sus diligencias y sus obras todas, fundado solo en una desnuda esperanza; y el que todo lo ha perdido, cuando ya nada le queda, por último le queda la esperanza. ¡Válgate Dios, y qué lleno de esperanzas está el mundo, que lo mismo parece respirar con la vida que aspirar con la esperanza! Pero á ese mismo paso, ¡qué vacío lo tienen esas mismas esperanzas! Díganlo vuestros desengaños, vuestros lamentos, vuestras quejas y vuestras lágrimas: vuestras mismas esperanzas lo digan tantas veces desvanecidas antes de conseguirlas, y tantas veces vanas despues de conseguirlas. Ellas en fin, si bien lo piensan, son la universal causa de nuestras inquietudes, de nuestras congojas, de nuestras pesadumbres y de todas nuestras desdichas; ó ya cuando con falsa apariencia nos engañan, ¡qué ceguedades! ¡qué deslumbres! ¡qué nublado de la razon! ¡y qué tinieblas del entendimiento! ó ya cuando con su dilación nos afligen, ¡qué desasosiegos, qué ansias, qué sobresaltos y qué vuelcos! ó ya cuando entre las manos se nos desvanecen, ¡qué sentimiento, qué pesar, qué furor y qué rabia! ó ya cuando, aun conseguidas nos atormentan, ¡qué desengaños, qué cargas, qué fatigas y qué desprecios! ¡Ah mundo! Quizá no fueran tantos los afligidos por hallarse burlados y vacíos, si no hubieran estado tan llenos de esperanzas. ¿Pues qué dirémos de esto? ¡Qué hemos de decir! Que malogrando la esperanza en que está todo nuestro gozo, nosotros mismos la convertimos en nuestro mas prolijo tormento. No está el daño en esperar, sino en que no sabemos esperar.

Pues eso nos enseña ya el Catecismo, que mu-

dando en infinitamente mayor bien nuestra esperanza, allí ésta nos sirva del mas cumplido gozo, *spe gaudentes*. Si acá las esperanzas del mundo nos sirven de tantos tormentos: *Expectatio justorum lætitia, spes autem impiorum peribit.* (Prov. 10. v. 28.) dice el Espíritu Santo. Definen, pues, con Santo Tomás, (1. 2. q. 40 art. 1.) los Teólogos á la Esperanza en comun, diciendo: es esperar algun bien futuro, arduo, posible de conseguir. En esperar el bien, se distingue la Esperanza del temor, porque éste espera el mal. En que ese bien sea futuro, venidero, se distingue la Esperanza del gozo, porque éste mira al bien ya presente; en que sea ese bien arduo, se distingue la Esperanza del deseo, sin mirar si es fácil ó difícil lo que apetece. Mas la Esperanza mira aquel bien que no está en su mano conseguir, sino que lo ha de alcanzar por mano ó voluntad agena, y por eso se llama ese bien, arduo. Y en fin, ha de ser bien posible, porque si lo mirara como imposible, no fuera ya esperanza, sino su contrario, que es desesperacion.

Hay, pues, en la Esperanza tres cosas que mirar. La primera, el bien que se espera. La segunda, de quién, y por cuya mano se espera. La tercera, cómo y con qué medios se espera. Hé aquí, pues, las tres Doctrinas que se nos siguen. Vimos ya la primera virtud teologal, que es la Fé. A ésta se sigue la Esperanza, porque si la Esperanza ha de mirar al bien que se espera como posible, eso le muestra primero la Fé, dice Santo Tomás. (22. q. 17. art. 7.) Vemos por la Fé cuáles son los bienes eternos, cuán seguras las promesas Divinas, cuán apercebidos están á nuestro favor sus auxilios, y cuán pronta á nuestro socorro toda su infinita misericordia: pues creyendo ya todo esto, ¿qué se

sigue? Esperarlo, dice San Pablo: (*Ad Heb. 11.*) *Accedentem ad Deum oportet credere, quia est, et inquirentibus se remuneratur sit.* Por eso, pues, despues de la Fé, nos infunde Dios esta virtud sobrenatural, este hábito infuso, este dón inestimable, que recibíendose en nuestra voluntad, la eleva y la sublima, para que despreciando lo caduco y vil de la tierra, espere.—¿Qué es lo que ha de esperar?—Ya nos lo dice el Catecismo: *¿Qué cosa es Esperanza?* R. *Esperar la Bienaventuranza y los bienes de ella.*

De modo, que lo que esperamos por esta virtud Divina, por esta esperanza sobrenatural, es ver á Dios para siempre: es amar y gozar de Dios eternamente: es llegar á poseer una gloria inmensa: es alcanzar todo un abismo de gozos, de placeres y delicias: es venir á gozar en uno todos, todos los bienes. Y esto sin susto de perderlos; sin temor ya de que se acaben; sin miedo de que nos los quiten. Sí, que esa es la Bienaventuranza. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Pues á qué malogramos nuestras esperanzas? Católicos: *Convertimini ad munitionem vincti Spei*, os gritó el Profeta Zacarías (*c. 9. v. 12.*) Los que andais arrastrando cadenas tan pesadas de esperanzas del mundo, los que tan apasionados gemís entre viles esperanzas de la tierra, acogeos al seguro de la verdadera esperanza, y vivireis tan gustosos como libres: *Convertimini ad munitionem vincti Spei*. Es el bien que esperamos en el Cielo infinitamente seguro. ¿Pues cómo ocupamos nuestras esperanzas en unos bienes tan vanos, que entre las manos se nos desaparecen? (*Apud Cor. in Ep. Jac. c. 4. v. 13.*)

Llevaba un rústico á vender á la Ciudad un jarro de leche, y cargándolo en la cabeza iba cargan-

do mas la cabeza con estas esperanzas: «Vendere esta leche, decia, por tantos reales: con eso compraré una gallina: ésta ha de poner tantos huevos, que con ellos vendidos, he de comprar un lechon: éste lo cebaré; y vendido, con ese dinero le he de comprar á mi hijo un caballito; ¡y qué bizarro andará él, ya me parece que lo veo! ¡cómo se paseará entónces!» Y pensando esto, fué tal su regocijo, que empezó él á saltar como si anduviera á caballo; y á sus saltos, caésele el jarro y derrámase toda la leche por el suelo, y con ella derrámanse perdidas sus esperanzas. ¿Y ahora? ¿Qué es de la gallina, los huevos, el lechon y el caballito que ya mirabas? ¡Ah, esperanzas burladas! Aplicad, aplicad, que á la letra cada dia os está sucediendo lo mismo. Discursos, pensamientos, máquinas: por aquí subirá el caudal, por allí se aumentará la ganancia, por allá será mayor el logro: con aquel favor, con estas diligencias se alcanzará sin duda aquel puesto, ó aquel oficio. ¡Ah, esperanzas fallidas, vanas, engañosas! ¿Y dónde está Dios? ¿Y dónde está la gloria, cuando en esos bienes engañosos teneis toda la mira? ¿Y qué os sucede? Lo que allí al rústico y lo que acá al perro: llega éste á la orilla del rio con un buen bocado entre los dientes, velo mayor en la sombra que lo representa dentro del agua; y como lo vé mayor, suelta el que tiene por el que mira, se lo lleva la corriente y pierde el que posee por el que esperaba, quedándose burlado. *Aspexistis ad amplius, et factum est minus.* (*Amós 2.*) Pues cuánto mejor, de aquel bien que es eternamente seguro, podeis decir con San Pablo: *Certus sum quia potens est de positum meum servare in illum diem justus judex.* En Dios tengo toda mi riqueza puesta en depósi-

to, y estoy seguro, y estoy cierto que la he de hallar guardada á su tiempo.

Es aquel bien que esperamos en el Cielo, inmenso; ¿pues cómo en unos bienes tan viles, tan despreciables y tan caducos, ponemos nuestras esperanzas? ¿Qué es ver una araña sacar de sus mismas entrañas los hilos, con que tan afanosa, tan solícita, tan inquieta no cesa en fabricar su tela? Animalejo inquieto, ¿qué esperas con todo ese artificio? ¿Qué esperas con tantas prevenciones? ¿Saben lo que espera? Una mosca. ¿Y para una mosca tantas fatigas, tanto trabajar, tanto desentrañarse, y tanto esperar para una mosca? ¡Ah católicos! que no son otras vuestras esperanzas. Si las teneis puestas en la tierra, aunque esperéis montones de oro, tesoros de riqueza, coronas, cetros imperios, tan viles son como una mosca: *Et telas araneae texerunt.* (Isai. c.) ¡Oh! cuánto mejor, puestos los ojos en el cielo, gritaba mi Padre San Ignacio: ¡Qué vil, qué despreciable me parece toda la tierra, cuando miro al cielo! (Apud Drexeli, t. 2. *Kos. selectæ p. 2. cap. 8. § 2.*)

Es aquel bien que allí esperamos, de un infinito gozo, ¿pues cómo tantas veces lo olvidamos por esperar lo que despues nos sirve de infamia, de pena y de tormento?

Amilcar, General de los Cartagineses, teniendo cercada á Zaragoza de Sicilia, soñó una vez que la siguiente noche habia de cenar dentro de la Ciudad. Alentada con este sueño su esperanza, previene el ejército para dár el asalto; pero saliendo briosos los de la Ciudad, envisten antes, haciendo tal destrozo, que llegando á apresar al mismo Amilcar, lo llevaron preso á la Ciudad, y de este modo logró sus esperanzas: cenó en Zaragoza;

pero cautivo, preso, aherrojado, el que en sus esperanzas se soñaba victorioso. ¿Á cuántos en conseguir lo mismo que esperaban estuvo su tormento, su infamia y su deshonra? Esos son los bienes del mundo: congoja al esperarlos, trabajo y fatiga al buscarlos, y tormento al poseerlos. ¡Oh! cuánto mejor decia con sus experiencias S. Francisco: *Es tanta la gloria que espero, que todas las penas de esta vida me sirven de deleite.* Y á la verdad, oyentes míos, si las esperanzas, aun de estos bienes engañosos que nos burlan, bastan para hacernos sufrir tantas penalidades, desvelos, sustos y fatigas; la esperanza de un bien inmenso, de un gozo infinito y de una eterna gloria, ¿cómo no bastará para hacernos suaves los trabajos, las penas, los dolores? ¿cómo no se nos hará fácil de llevar la pobreza de pocos dias, por llegar á una riqueza infinita? ¿el obrar bien de una tan corta vida, por gozar de una vida eterna? ¿el dár una limosna á un pobre, por la ganancia de un lógro inmenso? ¿y el desprecio de todo lo temporal, por una posesion de bienes tan segura? Mas no solo esperamos la gloria, se extiende tambien nuestra esperanza á esperar los medios de conseguirla.—¿Y qué medios son estos?—Son todos aquellos que pueden conducirnos al Cielo, ahora sean sobrenaturales, ahora naturales, ahora del mundo, ahora del Cielo. Debemos, pues, esperar siempre de la liberalísima mano de Dios, que nos asistirá siempre con los auxilios de su gracia, sin los cuales jamás pudiéramos hacer ni una sola obra buena y meritoria de la vida eterna. Debemos esperar de su infinita misericordia, que nos ha de perdonar nuestras culpas. Y en fin, debemos esperar que todo, todo cuanto es necesario de parte de Dios para salvar-

nos, todo lo tenemos pronto, apercibido, fácil, y que si quedare perdida nuestra esperanza, por nosotros quedará, no por Dios: *Perditio tua ex te Israel, tantummodo in me auxilium tuum.* (Ossæ.)

—¿Luego podemos esperar de Dios la salud, la vida, la hacienda y los demas bienes temporales? (D. Thom. 2. 2. q. 17 art. 2. ad 3.)—Respondo, que si los esperamos en orden á servir con ellos á Dios, en orden á evitar en todo sus ofensas, á acaudalar con ellos mas méritos para el cielo, no solo podemos, sino que así debemos esperarlos, y ese será acto virtuoso de esperanza sobrenatural. —Pues, Padre, si la Esperanza es virtud Teologal, y se llama así porque toda su mira está en Dios, porque solo Dios es su objeto, ¿cómo ya la Esperanza mira tambien por objeto las cosas criadas, y aun las temporales y caducas?—¡Fuerte argumento! ¿No digo yo que están Teólogos? Pero respondo, que todas las cosas que no son Dios, las espera nuestra Esperanza en orden á llegar á ver á Dios, que ésta es su principal mira, este es su principal objeto. Espera todas esas cosas la Esperanza, mas no se pára en ellas, las mira sólo como medios encaminados á conseguir su fin último, que es Dios; y así solo Dios, es su mira, porque todas las otras cosas no la divierten, sino que la llevan á gozar su fin último: *Ubi est unum propter aliud, ibi unum tantum*, dicen los Filósofos: cuando una cosa se ordena á otra, aquella no se mira como distinta. ¡Oh, Dios! Quien así espera, siempre logra; no puede quedar burlado quien así se asegura. Bien podrá algun tiempo afligir, ó la necesidad, ó el aprieto; mas no faltará al mejor tiempo el sosorro.

Cuenta Francioto, de quien lo refiere Rómulo

Marcheli, (Róm. March. *Quares. d. 4.*) que en la Ciudad de Nápoles, no mucho tiempo ha, hubo un caballero, que teniendo de su muger una sola hija, tuvo de la fortuna mucha hacienda; pero entregado al pernicioso vicio del juego, sucedióle lo que á todos estos desventurados, que arruinándole de un día en otro, llegó á no tener ya nada que jugar y á cargarse de mas deudas cuanto mas iba olvidando sus obligaciones. Llegó la hora de la muerte, que como tan ejecutiva no les valen para ella, ni plazos, ni trampas, á los que de trampas viven. Murió éste sin testar, porque no habia de qué, y le dejó á la triste muger y á la desdichada hija una copiosa herencia de miserias, que aumentándose cada dia, vino á dejarlas sin tener que comer en pocos meses. La hija, ya en edad de marido, y pareciéndose ángel en lo cabal de su hermosura, era ángel en lo puro de su inocencia. Desamparo y pobreza con mucha hermosura, ¿qué tengo ya que decir de los combates que la hacian las ofertas por lo pobre, los atrevimientos por lo solo, y los galanteos por lo hermoso? Pero su honestidad, firme siempre á cuantos la combatian, se determinó firme á dár primero á los filos del hierro la vida, que al precio del oro la pureza. Pero, ¡oh Dios! ¿y quién tal pensara? Su madre, la que mas debiera zelarla, era ya la que mas torpe cuanto mas eficazmente la combatia. Su madre era la que refinando en las llamas del infierno su lengua, con repetidas instancias la exhortaba á que entregada á la culpa por un vil sustento, hiciese de su cuerpo la mas infame finca de su deshonra. «Esperemos en Dios, le respondia la inocente doncella, que mas seguras son que los cielos sus palabras; y si por nuestras culpas no quisiere su Magestad acudirnos,

primero la muerte me libraré de estas desdichas, que yo les busque el alivio por el medio de sus ofensas. Véndase lo que nos queda, con tal que quede la honra por alhaja, y por caudal principal el alma." Acudió, pues, la madre á ir vendiendo cuanto en casa quedaba; mas no cesando el gasto con los días, llegó presto á consumirse de todas sus alhajas el precio. ¡Ah, padre vil, exclamo yo aquí: si cuando brujuleabas el naípe, brujuleáras esto. Renováronse de la madre, á la desdichada hija las lágrimas, los clamores y los asaltos. Que siendo tan fácil, le decia la madre, que vivamos con abundancia, ¡quíéras por tu capricho que así nos consumamos entre miserias? Acaba ya, que tu remedio y el mio está puesto en tu gusto. En mi tormento está puesto, respondia ella; y pues ya no nos ha quedado sino la cama, véndase ésta, que la dureza del desnudo suelo quiero mas bien me sirva de tormento en las horas de descanso, antes que á costa de la honestidad adormezcan la razon las delicias de Venus. Vendiose la cama, consumiose el precio y volvió la necesidad y la batalla; pero para vencerla, las mejores armas que aquella honesta doncella cogió, fueron quedarse del todo desnuda: entregole á la madre sus vestidos todos á que los vendiera, sin quedarse mas que con una sola camisa. ¡Cuántas están lejos de vender los vestidos, que por un solo vestido se venden á sí mismas! Pero bien presto, no cesando el gasto, se les acabó este socorro. Veamos ahora, le dice la madre, qué te queda que vender si no te vendes á tí misma. Ahora lo verás, le responde, y cogiendo unas tijeras escoge la bellissima cabellera, proporcionado adorno que puso la naturaleza á su hermosura: vala cortando toda. ¡Ah, Absalón! ¡Cuán-

do llegaron á tener tanto precio tus cabellos? Entrégaselos á la madre, diciendo: toma y véndelos, que con ellos primero entregaré la cabeza que la honestidad. ¡Oh, doncella prodigiosa, ahora sin el adorno mas bella! sin el cabello quisiste parecer esclava, y te hiciste mejor reina de todas tus miserias; cortaste la melena al infausto cometa de tus desdichas, y con tus cabellos cortados asiste á la fortuna por la melena; y si un cabello solo de los justos no quiere Cristo que perezca, ¡cuántos serán los méritos que se han de contar por tus cabellos? Sale la madre á vender su cabellera, y á no muchos pasos que dió, encuéntrase con el Príncipe y la Princesa de Concha; arrebátales los ojos y aun quizá el corazon aquel cabello. ¡Qué hermoso pelo, dicen! ¡qué hermoso! Trae muger, trae; y queriendo al punto comprarlo, solo le preguntan si es acaso de algun difunto. La madre entónces, soltando la respuesta á sus lágrimas: pluguiera á Dios, Señores, les responde, y fuera ya difunta su dueño para no ver tantas desdichas. Viva está la que es dueño de ese caballo, y la que ya no le quedan para vivir mas esperanzas que lo que me podeis dár por esta cabellera. Refirióles entónces toda la serie de sus desdichas, y concluyó diciendo: Venid conmigo, Señores, y vereis el dueño hermoso, que por no desnudarse de su honestidad, hasta de ese adorno que le dió la naturaleza, está desnuda. Movidos aquellos príncipes á piedad, vienen con ella, llegan á su casilla y hallan aquella dichosa doncella, que asida á los pies de un Crucifijo, con su total desnudez le representaba sus miserias, mas que con sus lágrimas. Movióles á aquellos Señores el verla, y al punto, al punto adornándola con decencia, la entraron en su

coche, llevarónsela á Palacio, y habiéndola tenido algun tiempo cuidada y servida, dándole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal caballero. ¡Oh Dios infinitamente misericordioso! Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? ¿Quién esperó en tí que quedase engañado? Y si aun en este valle de miserias así las sabes todas convertir en dichas, ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII.

DE LA SEGURIDAD Y FIRMEZA DE LA ESPERANZA EN DIOS.

A 17 de Agosto de 1690.

Una cosa singular, grande, prodigiosa, te quiero enseñar, mi Lucilo, le decia á aquel su Discípulo, Séneca; y es, que juntas con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable y frágil con lo mas seguro y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fuera Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. *Epist.* 53.) Cosa grande; no hay duda que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo frágil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo á decir, y que con razon le merece toda su admiracion á Séneca: *Ecce res magna.* Pero esa union prodigiosa, ¿cómo se puede conseguir? ¿Cómo puede ser que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco, por sus fuerzas débil y por todo su ser deleznable, á todo esto junte luego la fortaleza, la constancia y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.*